

Este número ha sido revisado
por la censura

EL SOCIALISTA

NUMERO SUELTO
10 CÉNTIMOS

Año XL.—Núm. 5.257.

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

Madrid, jueves 10 de diciembre de 1925.

PROFUNDO DOLOR NACIONAL

¡Ha muerto Pablo Iglesias!

Iglesias ha entregado su cuerpo a la tierra. Una vida heroica y gloriosa, en la que durante setenta y cinco años no hubo apenas niñez risueña y juguetona, sino un duro bregar con la miseria y el dolor, se ha extinguido rápidamente en los últimos días de enfermedad, con apresuramiento, como cuando no se quieren largos diálogos enervadores con la dolencia que nubla el espíritu y le aniquila, para no dejar sino la triste apariencia de un organismo que pervive indiferente y ajeno a cuanto le rodea.

Iglesias no murió así. Murió como vivió, en lucha áspera y sin tregua en pro de los ideales que han hecho grandiosamente humana su figura, de relieve mundial, y ni por un momento dejó de infundir a todos aliento y optimismo, con serenidad de estoico ante los dolores propios, que le atormentaban de continuo, realizando un esfuerzo supremo para abstraerse de cuanto le afectaba de modo angustioso y pensar plenamente en la causa de los humildes, a la que se consagró por entero desde los primeros años de su juventud. Su actividad de luchador no decayó sino en las últimas horas de su vida. Junto a la mesa de trabajo, abrumada de periódicos y libros, Iglesias observaba atento cuanto sucedía en España y en el mundo entero, y no perdía ni un detalle de las vicisitudes y desarrollo de la acción del proletariado en todos los países.

No más lejos del lunes, cuando ya la familia había advertido síntomas alarmantes de los estragos que la enfermedad hacía en la quebrantada naturaleza de Iglesias, el «abuelo» queridísimo recibía la visita de nuestro entrañable camarada Julián Besteiro y sostenía con éste una larga e interesante conversación que se prolongó durante dos horas y en la que Iglesias demostró, como siempre, su característica clarividencia y el vigor de su pensamiento, elaborado en un cerebro de talento excepcional.

Iglesias no quería rendirse a la muerte, y con ella luchaba a manotazos, pensando en que aun le quedaba mucho por realizar en su labor educativa y de emancipación de los trabajadores.

Realmente, la muerte le ha sorprendido junto al yunque, como forjador incansable que deleita su espíritu con la ruda tarea y logra sacar del cansancio fuerzas renovadas para una obra de generosidad y exelsitud ilimitadas.

En su sillón de dolor, cerca de la mesita de trabajo, a la que ni siquiera podía incorporarse, Iglesias ha recibido estas últimas semanas a muchos trabajadores que, emocionados, le visitaban con el afán de saludar al patriarca del Socialismo español, y al que hallaban agolado por el sufrimiento, con un hilito tenue de voz y un mirar relampagueante y profundo de sus ojos claros, por los que se transparentaba un alma en la que las injusticias y las amarguras no habían dejado, sin embargo, ni un pequeño sedimento de rencor...

Iglesias expresaba entonces sus sentimientos estrechando las manos de los que le visitaban con un especialísimo ademán de retenerlos como en postrera despedida. Pero se aferraba a la vida con impulso enérgico y escribía cartas y artículos, planeados éstos en serie, como trabajo de un hombre que no se rinde fácilmente a las acometidas de la enfermedad.

La tenacidad, la fortaleza de su espíritu se destacaban a despecho de aquel avance silencioso y trágico de la muerte, que acechaba una presa inestimable. Muerte ejemplar, como ejemplar fué su vida, en la que no hubo plaza para el desaliento, para el pesimismo ni para la flojedad en la obra de apostolado.

Comportarse como dignos discípulos de tan gran maestro es la más noble aspiración que los trabajadores podemos sentir.

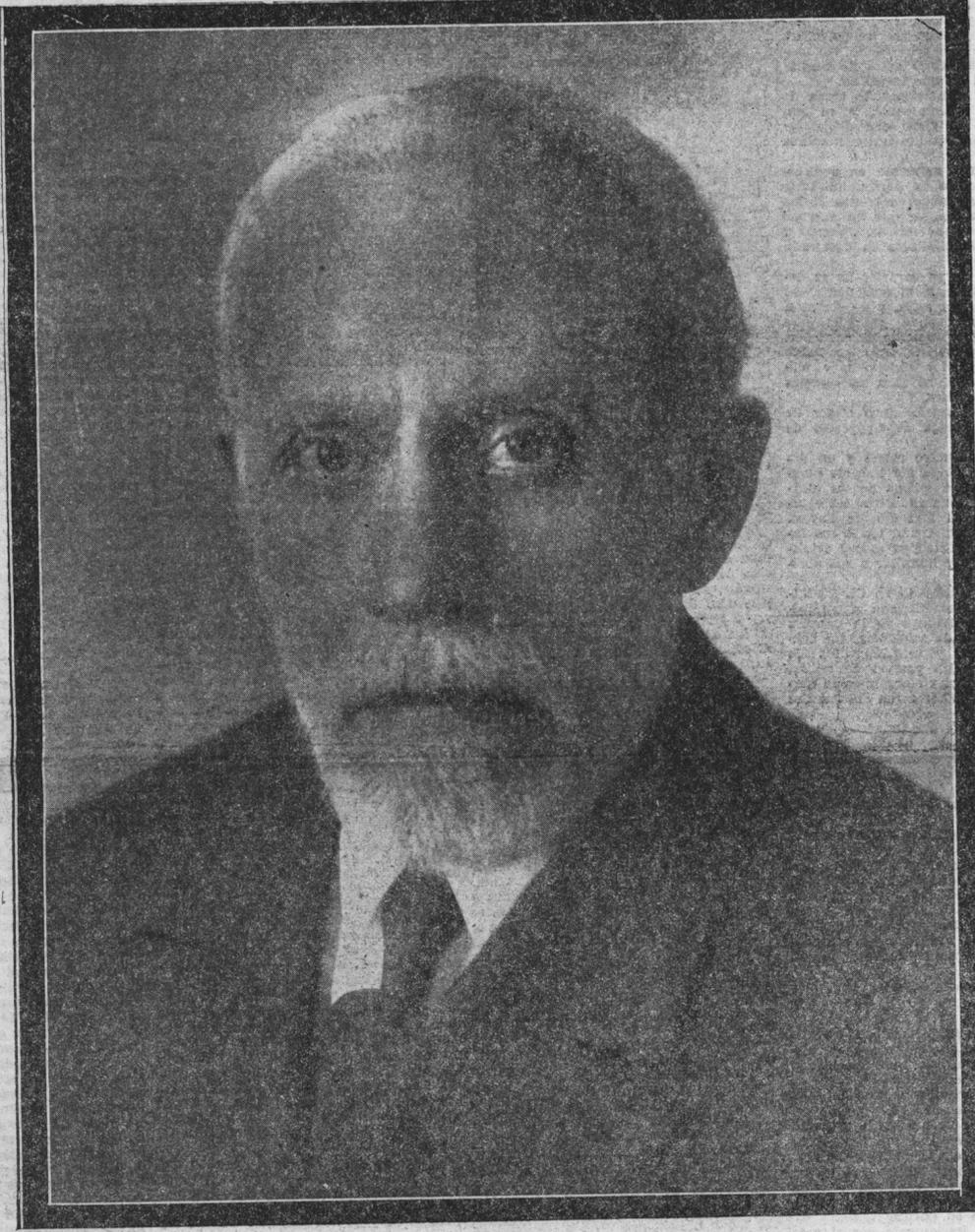
Datos biográficos

Hacer una biografía de Pablo Iglesias es tanto como relatar día por día toda la vida de la organización obrera española. No hay momento en la actuación de los trabajadores de nuestro país en el que no figure Pablo Iglesias como inspirador, como organizador o como ejecutante de la voluntad de sus compañeros.

Iglesias ha sido el alma, el verbo y la acción de cuanto en España han hecho los trabajadores, tanto en el orden económico como en el orden político.

En la imposibilidad de hacer en estos momentos de pesadumbre espiritual un acertado y completo relato de la vida de actividad de nuestro querido maestro—el cual no ha tenido durante toda su vida más preocupación ni más actividad que la emancipación de los suyos— vamos a recoger algunos de los rasgos más característicos de su vida que ahora tenemos presentes.

Iglesias nació en la marítima ciudad de El Ferrol el 18 de octubre del año 1850. Hijo de una familia de modestos trabajadores,



El último retrato de Pablo Iglesias

Una vida de amor y de firmeza

Cuando comparamos nuestros recuerdos más lejanos de la vida de Iglesias con las últimas impresiones de las palabras pronunciadas por él, la imagen que ha de perdurar en nosotros aparece grabada con firmes caracteres en nuestro espíritu.

El Pablo Iglesias de nuestro recuerdo imborrable es el anciano de cabellos blancos y de tez pálida, de cerviz inclinada al peso del dolor, de voz doliente y pausada, pero firme y segura en la expresión del pensamiento; de letra temblorosa, pero perfectamente ordenada, dócil y sumisa al servicio de un razonamiento vigoroso.

Es el privilegio de una senectud verdaderamente noble, en la cual todos los valores indiscutibles que ha producido una vida larga de abnegación y de trabajo se condensan en una materialidad sutil, serena y constante, aliada de la espiritualidad verdaderamente impercedera.

Hoy, en el silencio y soledad de nuestra tristeza, contemplamos esa imagen del amigo, del compañero y del maestro como una joya de valor inapreciable, hecha de transparencia y de diaphanidad, pero también de resistencia invencible.

La muerte no nos separa de Iglesias. La imagen de su vida de ternura, de amor y de firmeza, queda definitivamente incorporada al tesoro moral de nuestra conciencia de hombres libres, demócratas, obreros del ideal inmortal del Socialismo.

JULIÁN BESTEIRO

se quedó sin padre en muy temprana edad. Su amantísima madre se vió desamparada y sin recursos al quedarse viuda, y con el cuidado de dos hijos, por lo que tomó la determinación de trasladarse a Madrid en busca de un pariente que aquí tenían.

Los pocos recursos económicos y las dificultades en aquella época para tan largo viaje hicieron que cuando la pobre viuda llegaba con sus dos pequeños a la capital de la nación se enterase de una nueva desgracia: el pariente que venían a buscar acababa de fallecer.

Sin medios para vivir, la madre de Pablo Iglesias tuvo que tomar una determinación heroica: ingresar a los dos hijos en el Hospicio, para dedicarse ella a trabajar, asistiendo como lavandera y criada en las casas donde le facilitaban esta clase de trabajo.

En el Hospicio tuvo Pablo Iglesias el inmenso dolor de ver morir a su hermano. Y en dicho centro benéfico aprendió el oficio de tipógrafo, además de sus primeros rudimentos de instrucción.

Y un día, ante la negativa de los guardianes del Hospicio a satisfacer el deseo de pasar en compañía de su madre unos días festivos, Iglesias salió de allí para no volver más, dedicándose desde entonces a ser el único sostén de su madre con el auxilio del jornal que comenzó a ganar como obrero tipógrafo.

En su afán constante por instruirse, y debido a las condiciones de su carácter, formal y digno, aun siendo muy joven ya era un excelente oficial tipógrafo, produciendo en calidad y en cantidad como el más aventajado oficial; pero los patronos le retribuían como a un chico, a pretexto de su edad.

Cuando todavía no había cumplido veinte años se alistó resueltamente en la Sección de Tipógrafos de la Federación Madrileña de la Asociación Internacional de los Trabajadores. El primer núcleo de la Federación Regional Española de «La Internacional» fué fundado en Madrid en el mes de diciembre de 1898. Desde entonces Iglesias no se ha separado jamás del movimiento obrero.

La lucidez de su inteligencia le mantuvo constantemente al lado de aquella ínfima minoría de tipógrafos internacionales, mientras la Sección existió, a pesar de que las corrientes de la castidad de los obreros de su oficio estaban inclinadas a la importante Asociación General del Arte de Imprimir, Sociedad armónica entonces en sus ideas y cooperativa en sus procedimientos.

La primera vez que Iglesias tomó parte en los trabajos de la Internacional fué en las asambleas celebradas por la Federación Madrileña para discutir el orden del día del Congreso obrero que se verificó en Barcelona en junio de 1870, y en el cual se constituyó la Federación Regional Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

En estas discusiones demostró ya el espíritu observador que poseía.

Sus relevantes aptitudes le llevaron bien pronto a ocupar un lugar distinguido en la Internacional, siendo elegido secretario correspondiente de la comarca del Norte en el Consejo federal que se constituyó en Madrid el 24 de septiembre de 1871.

Al propio tiempo formó parte del Consejo de Redacción del semanario socialista «La Emancipación», fundado por algunos miembros del Consejo federal, entre ellos Mesa.

Iglesias fué el encargado de presidir el célebre mitin de los Campos Elíseos, en el cual los internacionales reñeron al ministro Candau y a los diputados que habían ultrajado a la Asociación con motivo del proceso de la Internacional en las Cortes españolas.

Declarada la Internacional fuera de la ley, Iglesias continuó firme en su puesto de secretario del Consejo federal por la comarca del Norte, ayudando a sus compañeros en la imprecisa tarea de denunciar las arbitrariedades autoritarias de los servidores del Poder político burgués, al propio tiempo que contestar y desvanecer la avalancha de injurias y calumnias que la Prensa vomitaba a diario contra la Internacional y los internacionales.

Tomó parte en el Congreso de Zaragoza, celebrado el 4 de abril de 1872, como delegado del Consejo federal, donde, por haber sido éste trasladado a Valencia, dejó de ejercer el cargo que desempeñaba.

Por aquella época vino desterrado a Madrid Pablo Lafargue, yerno de Carlos Marx, y así se relacionó constantemente con Pablo Iglesias y demás compañeros que propagaban los ideales socialistas.

La influencia de Lafargue fué decisiva en el espíritu de Iglesias, que desde entonces adoptó con más tesón que nunca la resolución de que los trabajadores debían intervenir en la lucha política con un franco carácter de lucha de clases.

En el año 1873 ingresó Iglesias en la Asociación del Arte de Imprimir, y entonces se revelaron sus excepcionales condiciones de talento y carácter.

Tenía veinticuatro años y se impuso a todos, en la noble y honrada acepción de la palabra, mereciendo por su conducta el ser elegido presidente de la Sociedad, no sin que los viejos regentes manifestaran cierta despreciativa condescendencia hacia aquel «muchacho» que tales propósitos acariciaba de transformar las ideas a la sazón dominantes en el aristocrático arte de Gutenberg.

¡Qué época de febril actividad! Recordándola acuden a nuestra memoria las desinteresadas emulaciones de todos por el cumplimiento del deber y las anheladas esperanzas de los primeros y puros ideales de la juventud.

Iglesias era el alma de todo. En el transcurso de seis años puede decirse que ni un solo día dejó de concurrir al local de la Asociación, trabajando en la imprenta, estudiando en la Escuela de Artes y Oficios, desempeñando comisiones, tratando las cuestiones de trabajo que

se presentaban, haciendo reclamaciones en nombre de los compañeros, presidiendo las juntas, cuidándose, en fin, de la marcha administrativa con incansable solicitud.

Al llegar el mes de febrero de 1882, convenientemente preparada, la Asociación acordó reclamar la implantación de las tarifas obreras en las imprentas de Madrid. Surgió aquella tuvo, poniendo el descubierta cuanto tiene de coercitivo el Poder burgués para los obreros y la comunidad de intereses de los diversos partidos de la burguesía.

Esta lucha costó cerca de tres meses de cárcel a varios individuos de la Junta, siendo además Iglesias condenado a cinco meses de prisión, que cumplió en la Cárcel Modelo de Madrid.

Por aquella época, precisamente cuando Iglesias cumplía su condena, se le ocurrió el feliz modo de abrir aquella célebre información sobre el estado y necesidades de la clase obrera, que convirtió el parafinero de la Universidad de Madrid en verdadero club revolucionario, presidido por lo más granado de los Dulcamaras de la burguesía.

Iglesias fué el encargado de redactar el Informe de la Asociación General del Arte de Imprimir. Las estrecheces de la celda másana y solitaria no tuvieron poder bastante para abatir su ánimo esforzado, y en la mugrienta mesa fueron trazadas las cuartillas de aquel brillante informe, que contiene, dentro de los límites impuestos al especial modo de ver de los socios de entonces, las afirmaciones principales del Socialismo revolucionario. Todavía tuvo tiempo, al ser puesto en libertad, de informar oralmente.

El día 1.º de octubre de 1882 se celebró en Barcelona un Congreso de tipógrafos para constituir la Federación nacional del oficio.

En nombre del Arte de Imprimir, de Madrid, asistió Iglesias, y a él se encargó la redacción de los primeros Estatutos de la hoy admirable Federación Gráfica Española.

En 1885 se trasladó a Madrid el Comité de dicha Federación, e Iglesias fué nombrado presidente, cargo que desempeñó a satisfacción de todos durante once años.

En los días del 12 al 15 de agosto del año 1888 se verificó en Barcelona el Congreso de Socios, que había de dejar constituida la Unión General de Trabajadores, y allí asistió Iglesias, siendo también ponente en la redacción de sus Estatutos.

La residencia oficial de la Unión General estuvo en Barcelona hasta septiembre de 1899, que se trasladó a Madrid, y entonces fué Iglesias nombrado presidente de este potente organismo nacional, cuya presidencia ha venido ostentando hasta el momento de su muerte.

Si importancia enorme y decisiva, como se ve, ha tenido Iglesias en la organización de los obreros para la lucha económica, no es menor, sino mucho mayor, el relieve de nuestro llorado maestro como factor para la propaganda política.

Por su avasalladora iniciativa se fundaba en Madrid, en un banquete antipatriótico celebrado el 2 de mayo de 1879, el primer grupo del Partido Socialista Obrero.

A partir de esta fecha, la historia de Iglesias es la historia del Partido. Su nombre va indeliblemente unido a las acciones económicas y políticas de los partidarios de las nuevas ideas.

Las circunstancias de la época no permitieron por entonces hacer pública la existencia del nuevo organismo. Bajo el infujo de la situación canovista, implantada en el alzamiento de Sagunto, con todos los derechos a merced de los gobernadores, el grupo se reunía en asambleas secretas. En estas asambleas se discutía el programa, se aprobó el reglamento de la nueva Agrupación y se nombró el primer Comité, y a pesar de esas desfavorables condiciones, pasaban de cincuenta los afiliados.

Y en esta situación se siguió hasta 1881, en que subió al Poder el partido liberal y dió mayor expansión a las ideas, por lo que se pudo ya hacer públicamente la propaganda de nuestra doctrina.

Hacíase falta el Socialismo en aquella época, casi completamente desconocido en España, exteriorizarse convenientemente. La ocasión oportuna se ofreció con motivo de discutirse un tema de carácter social en el Fomento de las Artes, de Madrid, donde como puerto de salvación se habían refugiado los socialistas.

Iglesias fué allí una brillante exposición de nuestras ideas, todavía no ignorada por nadie en su lógica contundente y en su crítica acerbada de la presente organización social, con derrota manifiesta de los vergonzantes partidarios del individualismo. En aquella ocasión se reveló Iglesias como orador de mérito y polemista también.

Lentamente se iba desarrollando la organización del Partido Socialista, independiente del movimiento societario, aunque influyendo en éste por la conducta recta de sus afiliados y por la claridad y pureza de sus doctrinas.

El año 1882, en el mes de agosto, convocaron las Sociedades obreras de Barcelona un Congreso Nacional, al que concurrió Iglesias representando a la Agrupación Socialista de Madrid.

Aprobó este Congreso, entre otros asuntos, un dictamen favorable a la política obrera, reconociendo al propio tiempo las ventajas del programa socialista por 73 votos contra 7 y 9 abstenciones, siendo ocasión de decir que Iglesias estuvo en aquella ocasión tan razonador y convincente como siempre se ha mostrado.

En 12 de marzo de 1886 apareció en Madrid el primer número de EL SOCIALISTA, siendo nombrado director Iglesias, en cuyo cargo estuvo constantemente mientras fué semanario, esto es, hasta el 1.º de abril de 1913, en que el órgano del Partido en la prensa comenzó su publicación diaria.

En el mes de noviembre de 1915 fué nuevamente nombrado Iglesias director por el IX Congreso del Partido, cargo que ha ostentado hasta el momento presente.

En el mes de septiembre de 1888, aprovechando la oportunidad de celebrarse la Exposición Universal de Barcelona, reunió en esta capital el primer Congreso Nacional del Partido Obrero. Representó a la Agrupación Madrileña, no limitándose sólo al cumplimiento estético de su misión, sino que con anterioridad fué encargado de la confección de los estatutos y de la revisión del programa.

Iglesias ha ejercido desde que se creó el Partido Socialista Obrero Español el cargo de presidente del Comité Nacional, y con tal representación ha acudido a todos los Congresos nacionales.

Y a tal extremo supo llevar la confianza y el respeto de los afiliados, que jamás

fué discutida su representación, y siempre fué reelegido con el beneplácito de todos.

Igualmente ostentó en los Congresos internacionales la representación del Socialismo español, acudiendo a dichas Asambleas constantemente hasta estos últimos años, en que su salud, ya quebrantada, no le permitió realizar tan largos viajes.

Iglesias era estimado cordialmente por las camaradas más prestigiosas del Socialismo internacional, y tuvo amistad sincera, entre otros, con Lafargue, Hyndmann, Keir Hardie, Vandervelde, Adler (padre e hijo), etc., etc.

El alto concepto que Iglesias, como representante del Socialismo español, mereció siempre a la Internacional, se evidenció el año 1898, en el Congreso de Londres, con ocasión del cual se organizó un importante mitin en Queen's Hall, en el que tomaron parte como delegados: Iglesias, en nombre de España; Greulich, de Suiza; Jaurés y Millerand, de Francia; Bebel y Liebknecht, de Alemania; Adler, de Austria; Vandervelde, de Bélgica; Hyndmann y S. Woods, de Inglaterra, y Ferri, de Italia. Presidió tan histórico mitin el secretario de la Federación textil y diputado del Parlamento británico, Mawdsley.

Como propagandista del Socialismo en España, Iglesias ha recorrido constantemente todas las provincias, realizando miles de actos públicos.

Por su temperamento era un polemista formidable, que siempre resultó victorioso en los innumerables actos de controversia doctrinal en que intervino.

Su dialéctica eran golpes de maza de argumentación incombustible, y su lenguaje era todo lo claro que debía ser para que lo comprendiesen los hombres más humildes.

Desde el primer momento en que comenzó a destacarse la personalidad de Pablo Iglesias se lanzaron contra él las más infames calumnias, que en más de una ocasión tuvo que rebatir, dejando a los canallas calumniadores en espantada situación.

La integridad de su carácter no se doblegó jamás ante nada ni ante nadie. Su moral era una línea recta, y no sorteaba obstáculo alguno cuando entendía que aquello era el cumplimiento de su deber.

El régimen capitalista tuvo en Pablo Iglesias un flejeador constante, y ello fué motivo para que visitara las cárceles en distintas ocasiones.

En el año 1882 sufrió cinco meses de prisión por la huelga de tipógrafos de Madrid.

En 1895 estuvo cuatro meses y un día en la cárcel de Málaga por haberse puesto al frente de una huelga de los obreros de la fábrica «La Industria Malagueña», propiedad del marqués de Larios, quien puso en movimiento todas sus influencias de capitalista poderoso y aristócrata para vencer y humillar a sus obreros.

Por un suelto publicado en EL SOCIALISTA, en el que se criticaba la conducta de algunos individuos de la guardia civil en un pueblo de Andalucía, fué condenado a un mes y veintidós días de arresto mayor y 125 pesetas de multa, condena que empezó a cumplir en la Cárcel Modelo de Madrid en noviembre de 1904.

Recordamos también que estuvo en dicha cárcel en el año 1909, cuando las atrocidades del odioso Clerva, que fusiló a Ferrer, a Clemente García y otros.

Posteriormente no ha visitado la cárcel, quizá porque ya tenía la investidura de diputado a Cortes.

Pero si los sufrimientos físicos y morales de las persecuciones y de las cárceles no pudieron abatir su esforzado ánimo, sino que, por el contrario, le fortalecieron más y más, tampoco lograron rendirle ni mucho menos, los ofrecimientos tan ofencivos como cautelosamente hechos de actas y sinecuras que le proporcionasen una vida más regalada, aunque no tan digna.

Pero Iglesias era Iglesias.

El año 1905 fué elegido concejal de Madrid, primera vez que entraron los socialistas en este Municipio. Allí, con Largo Caballero, realizó una admirable labor de moralización administrativa, que ha dejado recuerdo inolvidable.

En 1913 volvió a ser nombrado concejal, continuando su obra de fiscalización honrada, si bien en esta segunda etapa su actuación no fué tan constante porque ya su salud estaba muy quebrantada y tenía además que atender a las obligaciones de la representación en Cortes.

En 1910 fué al Parlamento por el voto de 40.000 electores madrileños, y allí, Iglesias solo, luchando con la hostilidad de todos los partidos burgueses, supo destacar enormemente la personalidad política del Partido Socialista Español.

Desde entonces, constantemente ha representado Iglesias en el Parlamento al pueblo de Madrid y han sido numerosas y brillantes sus intervenciones, hasta hacer destacar su figura como notable parlamentario.

El Partido Socialista Español es obra de Pablo Iglesias. El fué quien lo inició, quien lo cultivó, quien lo atendió constantemente como a hijo amantísimo. Iglesias fué el padre y el abuelo del Socialismo español.

Y al morir el «abuelo», nadie sabe lo que pierde la clase trabajadora, como lo sabemos cuantos modestamente, desde el sitio de nuestras reducidas condiciones, hemos colaborado con toda fe y con todo amor en la obra inmensa y sublime que en pro de la grandeza de España ha realizado durante sus cincuenta años de lucha el humilde obrero tipógrafo que acaba de morir.

Esta desgraciada nación acaba de perder a uno de sus más grandes patriotas.

Pablo Iglesias, tipógrafo

En la revista «Déjalo» publicó nuestro camarada Fabra Ribas el 1 de mayo de 1922 el siguiente artículo:

—Procedente de El Ferrol, mi pueblo natal, llegué a Madrid, en compañía de mi madre y de un hermanito, a principios del año 1860, cuando contaba yo diez de edad. Sin recursos y sin la esperada ayuda de un pariente que debíamos encontrar en la capital, mi buena madre no tuvo más remedio que meter a sus dos hijos en el Hospicio y ponerse ella a servir. Procuré en seguida aprender el oficio de tipógrafo, contrariándome mucho el que —a causa de mi buen aspecto, según decían— me sacaran con demasiada frecuencia de las cajas para mandarme a reparar pruebas.

—¿Estuvo usted mucho tiempo en el Hospicio?

—Un año no más. Trabajaba allí no del todo a disgusto, procurando cumplir lo mejor que podía. El regente de la imprenta,

un tal Cuenca, no estaba descontento de mí, lo que no me impidió negarme el permiso que le pedí para ir a celebrar la Nochebuena en compañía de mi madre. Yo hubiese pasado por todo menos por eso. El deseo de ver a mi madre era tan vehemente, que decidí cometer mi primer acto de indisciplina: me escapé. Pasé tres días al lado de aquella santa mujer, y al volver al taller, Cuenca no sólo me pegó, sino que me amenazó, si reincidía, con hacerme prender por la guardia civil. Esto ocurría por la mañana; por la tarde salí del Hospicio decidido a no volver a poner los pies en aquella casa. Me fuí otra vez con mi madre, dispuesto a trabajar y a que no me pegaran más.

Busqué trabajo. No tardé en colocarme en una imprenta de la calle de la Manzana, en donde se hacía un periódico titulado «Diario Universal». Allí me pusieron a distribuir, cándome por mi trabajo dos reales diarios. Tenía que trabajar y al mismo tiempo aprender.

Mis deseos de adelantar me llevaron a cambiar de imprenta. Logré colocarme en un «chamizito» de la calle del Limón, cuyo dueño se llamaba Bartolomé González. Me daban cuatro reales, y tenía que hacer diariamente una página de una edición de «Quijotes». Dejé pronto esta imprenta, porque el dueño me obligaba, después de mi trabajo, a sacar agua del pozo; esfuerzo superior a mi naturaleza, algo delicada.

Gracias a mi amigo Casimiro Muñoz, un compañero que murió hace algunos años en Ciudad Rodrigo, entré en una imprenta de la calle de la Bola, propiedad del célebre Alchibilla, el del Diccionario, quien la tenía arrendada. Estuve allí componiendo y distribuyendo, ganando ya cinco reales. El regente de esta imprenta, Peñuelas, se estableció por cuenta propia en la calle de Vergara, y me llevó con él, trasladándose luego a la calle del Conde de Miranda. Esta imprenta hacía trabajos para la imprenta de la calle de Carretas. Entre otras obras, compusimos las Matemáticas de Cortázar y un tratado de Química de Torres Muñoz de Luna, catedrático de San Carlos. Recuerdo perfectamente a estos dos autores, pues más de una vez fui a llevarles pruebas. Estuve con Peñuelas, ganando dos pesetas diarias, hasta el año 1864. En este establecimiento me mandaban únicamente hacer líneas, aunque yo, de cuando en cuando, a escondidas, procuraba componer cálculos de las Matemáticas de Cortázar. Un día me sorprendió el patrono mientras yo me dedicaba a esta tarea, lo que me valió una seria reprimenda. Al notar que no querían dejarme perfeccionar en el oficio, me despedí de la casa.

Coloquéme en seguida en una imprenta de la calle de Valverde, en donde se tiraba «La Libertad», de Calvo Asensio, periódico de la mañana, y «La Soberanía Nacional», de Angel Fernández de los Ríos, periódico de la noche. Trabajaba a jornal y ganaba dos pesetas. Un oficial que se llamaba Bernardo Millán me llevó a la calle del Rubio, en casa de Julián Peña, como destajista.

Al llegar a este punto de su relato, Pablo Iglesias hace una pausa. Luego, levantando la cabeza y entornando un poco los ojos, como si tratara de ordenar los recuerdos que acudia en tropel a su memoria, exclamó:

—Estando yo en casa de Peña ocurríeron los célebres sucesos de la «Noche de San Daniel». Tenía yo entonces quince años, y llegué a ganar un curso diario haciendo líneas para la «Granática Iliada», de Raimundo de Miguel. Luego, en 1866, cuando la sublevación de Prim, el Gobierno suprimió la prensa progresista. La medida en nada afectaba al trabajo que estábamos ejecutando—un semanario de cocina—; pero, so pretexto de que había muchos parados en el oficio, el patrono quiso rebajarme el jornal. ¡Qué hombre aquél! Es el que más bárbaramente me ha explotado. Yo me opuse a la rebaja, diciéndole a Peña: «Soy un chico, pero tengo obligaciones de hombre».

—¿Parece—interrumpíome—que entre todos sus recuerdos el de Peña es el que le conserva usted mejor grabado.

—Así es—contestó el «abuelo»—. Por muchos conceptos me acuerdo de aquellos. Un detalle. Estábamos trabajando en una obra de Castelar: una obra de Historia, titulado..., no acierto ahora con el título. Castelar tenía una letra grande, y tan enrevesada, que un día me viamos todos los de la imprenta en la imposibilidad de descifrarla. Entonces me fui a ver a don Emilio, que vivía en la calle de los Infantes, para que acabase el enigma. Debí empuñarme Castelar más tarde, porque llegamos a leer sus cuartillas con relativa facilidad.

Otro detalle. Peña hizo la «Gaceta de Madrid» la primera vez que el diario oficial fué sacado a subasta. Un día, sin más ni más, quiso rebajar los jornales de los tipógrafos de la tanda que más ganaba. Hubo plante—huelga, que decimos ahora—, y aunque contaba yo también, pues que yo seguía ganando lo mismo, me solidaricé con los compañeros perjudicados. Fué la primera huelga que, tomé parte. El conflicto terminó volviendo todos al trabajo menos un tal Arias y yo.

Después de estar parado durante algún tiempo, me coloqué en una imprenta situada detrás del Ayuntamiento, propiedad de un carlista, en donde unos compañeros, que usaban gabán y chistera, y yo, que llevaba blusa y gorra, hacíamos «El Año Cristiano». Corrí luego tres o cuatro imprentas, hasta que fui a parar en la casa de Juan Fernández, que imprimía «La Democracia Republicana». En la época en que yo trabajaba en esta imprenta, en 1868, estalló la Revolución de septiembre.

Nuestro interlocutor hace una nueva pausa, y cambiando súbitamente el tono de su voz, recuerda que un mes más tarde, en octubre, murió su hermano.

—En donde trabajó usted luego?—nos apresuramos a preguntar a Iglesias, tratando de distraerle.

—En «La Legitimidad»—nos contestó—. Contaba yo entonces diecinueve años; fué cuando ingresé en la Internacional. En aquella época conocí a Matías Gómez Latorre, el concejal socialista del distrito de la Universidad, que trabajaba en

una imprenta próxima a la mía. Como en «La Legitimidad» pagaban muy mal, me fui a «La República Ibérica», que dirigía Miguel Morayta y Sagarrio, que era por aquellos tiempos secretario del Congreso. Estuve bastante tiempo en aquella casa, y recuerdo como cuando entré don Amadeo, y luego los que escribía Morayta, estando en cama, sobre la guerra del 70.

Al salir de «La República Ibérica» estuve mucho tiempo parado. Después de la «Commune» de París, en el 71, llegó a Madrid, huyendo de las garras de Thiers, Pablo Lafargue, con la ayuda del cual fundamos «La Emancipación», el primer periódico obrero que se ha publicado en España. De este órgano internacionalista, que salió en 1871 y vivió hasta 1873, hacíamos el molde Anselmo Lorenzo y yo, cobrando por nuestro trabajo cuarenta o cincuenta reales, según los casos.

En 1873 trabajé en «La República Federal», dirigida por Roque Barcia, y en «El Popular», que publicaba un tal Perillán. En el 74 hice líneas para un periódico federal que dirigía don Andrés Mellado y que se titulaba «La Igualdad», yendo después a la imprenta de Rivadeneira. En 1875 me coloqué en un taller propiedad de Enrique Teodoro; estando allí conocí a los doctores Tolosa Latorre y Cortezo. En 1877 me encontraba en la imprenta de «El Correo Militar», habiendo también trabajado en la de los sordomudos. En 1882 estuve en «La Libertad», en cuya redacción figuraban Sánchez Guerra, Sánchez Pastor y Tirso Rodríguez.

—¿Diga usted, Iglesias: tenía mala letra Sánchez Guerra?

—No; me parece que tenía una letra menudita, pero clara.

—Al dejar «La Libertad»—prosigue diciendo nuestro tipógrafo—volví a casa de Rivadeneira, en donde estuve hasta 1888, año en que empezó a publicarse EL SOCIALISTA. Desde 1888 hasta 1913, esto es, durante EL SOCIALISTA apareció semanalmente, compuse y ajusté el órgano del Partido Obrero. He de añadir que durante los últimos años de mi vida de tipógrafo estuve una vez supliendo en «El Imparcial» y otra en «La Epoca».

Aquí termina el relato de Pablo Iglesias, relato hecho de un trón y que representa un prodigioso alarde de memoria, sobre todo si se tiene en cuenta el estado de debilidad en que desde hace ya algún tiempo se halla el popular líder obrero. Ahora bien; la vida de tipógrafo de Pablo Iglesias no termina, en realidad, en 1913, al empezar a publicarse diariamente EL SOCIALISTA, pues dirigiendo este periódico—lo dirige todavía—, Iglesias ha intervenido en la confección del mismo, con sus consejos siempre y con su trabajo no pocas veces.

La misma sencillez con que este hombre, que tanto ha sido y que tanto pudo ser, cuenta los principales episodios de su vida de asalariado revela toda su personalidad, toda su manera de ser. Al hablar de su hermano, y, sobre todo, de su madre, se le nublan los ojos; el vibrante conductor de muchedumbres, cuya fama de héroe y heroína está extendida por todas partes, tiene, en realidad, un alma de niño. El hecho de declararse en huelga a los dieciséis años de edad, sólo por solidaridad con sus compañeros de trabajo, en un tiempo en que no existía aún la fuerza obrera organizada, ¡no acusa toda un carácter! ¡Y qué decir de la respuesta a su patrono Peña cuando, al querer rebajarle injustamente el jornal, le dice: «Soy un chico, pero tengo obligaciones de hombre»! El sentido de la responsabilidad y del deber, que Iglesias ha poseído siempre en muy alto grado, se patentiza ya cuando era todavía un adolescente.

Pero hay otro rasgo de Iglesias, que pudimos sorprender durante nuestra conversación y que le retraía de cuerpo entero. Al hablar precisamente de ese famoso Peña, el patrono que, según su propia expresión, «más bárbaramente me explotó», pronunció estas palabras, que conservamos muy bien grabadas en nuestra mente: «Era un hombre muy especial; algo distraído, indolente, honrado, trabajador y muy capaz de inventar todo lo imaginable para matar de trabajo a sus obreros a cambio de un misero salario. Tan distraído era, que con frecuencia se equivocaba, y no en su favor, al pagarlos el jornal. Más de una vez tuve que llamarle la atención para devolverle el dinero que me había dado de más. Quizá sea su distracción explique lo poco que le sirvió su sordidez. Recuerdo que, en 1882, durante un viaje a Barcelona, me hicieron llevar asuntos societarios, un compañero y yo simple cajista en la imprenta de Ramírez. Mi compañero, que había también sufrido el yugo de aquel hombre, me dijo: «¿Cada vez que me voy a casa pensando una gran cantidad de resmas de papel junto a la cual trabajaba Peña? Dando un empujón a estas resmas te hacíamos polvo.» Yo le contesté: «Pues, mira, a mí me da mucha lástima».

Ese es Iglesias. Al hombre que le explotó bárbaramente le devuelve el dinero que le da por equivocación, le reconoce y hasta admira sus buenas cualidades, y, lejos de alegrarse luego de su caída, tiene para él una mirada compasiva y una palabra generosa.

Sería incompleta la idea que pudiera formarse el lector de la personalidad del tipógrafo Pablo Iglesias si a lo que llevamos dicho no añadiésemos todavía estos datos: En 1871, cuando se fundó en Madrid la Sección de la famosa Internacional, se constituyó un grupo de tipógrafos internacionalistas, del que formaban parte, entre otros, Pablo Iglesias, Anselmo Lorenzo y Matías Gómez Latorre; grupo que, según expresión del propio Iglesias, «dió poco de sí». Más tarde se creó el Arte de Imprimir; pero con un carácter muy distinto del que tiene ahora, por lo cual fué acerbamente combatido por Iglesias y por Anselmo Lorenzo. Pablo Iglesias no ingresó en el Arte de Imprimir hasta el año 1873, cuando esta Sociedad entabló la primera lucha en favor de la clase. Desde aquel momento, el antiguo hospiciario ha sido el alma de la potente Asociación, que poco después envía una crecida cantidad a los tipógrafos de Milán, empuñados en una dura contienda (primer acto de solidaridad internacional realizado por los obreros españoles), y que en 1882 contaba más de mil

afiliados y tenía en caja muy cerca de siete mil duros.

En el Arte de Imprimir, al lado de Iglesias, se han formado los primeros y los mejores propagandistas y organizadores societarios y socialistas que hemos tenido en nuestro país; los hombres que han creado y dado impulso a la Unión General de Trabajadores y al Partido Socialista, la asociación obrera y la asociación política mejor organizadas que existen entre nosotros. A estas dos grandes Asociaciones, que desde su fundación vienen presidiendo Pablo Iglesias, se debe también la celebración del Primero de Mayo en la forma que en el día de hoy se va a presenciar en la inmensa mayoría de las ciudades y pueblos de España.

Los tipógrafos españoles, cualquiera que sean sus ideas, pueden estar orgullosos de su compañero Pablo Iglesias.

Pablo Iglesias, concejal

Luis Bello, al ingresar Pablo Iglesias como concejal en el Ayuntamiento el año 1906, publicó un hermoso artículo, del que tomamos lo siguiente:

«Si Pablo Iglesias fuera un espíritu vaciente e indeciso, capaz de perder la voluntad en las luchas de encrucijada, nadie se hubiera alegrado sinceramente del ingreso de los socialistas en el Municipio. Pero Iglesias es un hombre de entusiasmos fríos—que son los entusiasmos más firmes y los más duraderos—. Los pequeños obstáculos no le arredran. Está acostumbrado a tropezar con inteligencias dormidas y reacias, a resolver conflictos que se ventila el céntimo. Con todo su programa socialista y societario; con todo su talento, si las condiciones de su carácter fueran otras, el pueblo de Madrid no esperaría nada de él. El hombre vale siempre más que la idea. Conociéndole, todos nos felicitamos de verle por primera vez en un campo de acción fiscalizador. Todos, por lo menos, fuera del Municipio. Pablo Iglesias ha hecho del Socialismo un partido con pies de plomo. Llevando su criterio rígido, comino, metucoso, molestará alguna vez a los que sin haber leído a Nietzsche pasan sobre la vida y sus realidades con los pies aligeros. Pero será un buen concejal.»

La educación, conseguida por esfuerzo propio, el medio en que vivió, sus lecturas, sus primeras campañas, han hecho de él un jefe cauto, de mano rígida y de conducta inflexible. Y por una contradicción a la que ya nos hemos acostumbrado, ese jefe, inapreciable para un partido de obrero, vino a regir la marcha de otro partido que no puede gobernar y que necesita hoy apóstoles de palabra impetuosa, de ardor comunicativo, de esperanzas frescas y fragantes como flores abiertas para que vayan a embriagarse en ellas hombres-niños de sentidos no cultivados todavía. Por esas condiciones suyas; método, perspicacia, claridad de visión y de ordenación, Pablo Iglesias puede realizar una obra útil, no sólo a su Partido, sino al único que debiera haber en el Ayuntamiento: al partido del vecindario.

Hasta ahora—que yo sepa—no ha publicado sus Memorias íntimas ningún día. Parece que hay en el Municipio madrileño algo que debieran describirnos y precisarnos las propias víctimas. Atmosfera letal, baño sedante, trinchera de tierra blanda, donde se hunden y no estallan las bombas explosivas... ¿Quién logrará quitarle esta nebulosa fama? ¿Quién logrará aclarar ese misterio psicológico, que consiste en admitir a viva fuerza el infujo de la realidad más pesimista y en convenirse de la inutilidad del esfuerzo? Por esta transformación han pasado muchos hombres de buena fe. Algunos, tratando de resistir, han huido. Otros se aislaron y fueron como Fischer, el socialista independiente, y como Campillo, a contarle al pueblo sus desencantos. Pablo Iglesias es inmune. La dificultad de las tareas concéjiles quizás estirbe en que todas ellas se relacionan con un medio más popular, de cultura social y de ilustración inferiores a las del medio en que se mueven los parlamentarios. —Conozco bien las necesidades del pueblo—declara ayer Pablo Iglesias. Y no es eso sólo; conoce además sus virtudes, sus defectos, sus vicios; conoce a ese pueblo recién encumbrado que llena la mayor parte de los servicios municipales y que persigue provechos como manobran, cómo preparan sus cántaros. No es un iluso que viene de la Luna con un poema moralizador.

Entre ese Madrid de amplia moral que ha ido ensanchando a la sordina los límites de la palabra negocio, la entrada de los socialistas en el Ayuntamiento podía ser alarmante.—Vienen a fiscalizar, a examinar, a obstruir el paso de las cosas más sencillas.—Tal es su deber, en beneficio del pueblo. Más fácil es la vigilancia de un Municipio cuyos servicios estén centralizados que la de toda una nación, y aun así, sería utilísima la intervención de estos gestores administrativos si pudiera llevarse a las provincias y a los ministerios. Los socialistas van a fiscalizar. ¡Enhorabuena! Intúil es preguntar al jefe del Partido cuál es su criterio sobre las cuestiones municipales. Más de una vez, Pablo Iglesias le ha formulado, en consejos a los socialistas bilbaínos y a los de otros Municipios accesibles a sus campañas.

—¿Que haremos? El pan está mal pesado; la carne, el leche, todos los productos de primera necesidad son malos y caros. El personal no siempre es idóneo, ni necesario, y alguna vez no existe más que en nómina. Los obreros no trabajan en condiciones de seguridad... Más que todo, el concejal socialista debe estar arma al brazo y procurar que no se le escape ninguna pieza. Como esto no es política, no hace falta formular grandes programas con grandes palabras. Los hechos bastarán.

Pero la ventaja mayor del ingreso de los socialistas en el Municipio madrileño está en una razón de confianza social. Ya tiene allí representantes suyos la gran masa de obreros, la parte más agobiada por las necesidades, y como es consiguiente, la que ejerce una crítica más cruel y más infundada sobre todas las corporaciones.

Pablo Iglesias—son sus palabras—está en contacto con los muchedumbres. Su prestigio le abona; su historia le garantiza contra todo ataque. Fundándose en su significación dentro del Partido, nadie como él y como sus dos compañeros de concejalia, para decir al pueblo hasta dónde llega el mal que se propone combatir. Aunque cuelgue en la plaza de la Villa toda la ropa sucia, aunque saque a luz pública expedientes trasconejados, aunque detenga en las sesiones los más desafortunados mates, nunca llegará a le que la muchedumbre comenta y delata por ru-

mores sin pruebas. Y esta es la mejor obra de los socialistas. Ningún elemento popular está alejado de la Casa del Pueblo. Desde allí observa, examina, fiscaliza. Ya no tiene derecho a creer en nada secreto y misterioso. La verdad está al alcance de sus representantes y a su propio alcance, puesto que ellos no se prestarán a servir de pantalla.»

Pablo Iglesias, diputado

Al entrar Pablo Iglesias por primera vez en el Parlamento como diputado elegido por el pueblo de Madrid el año 1910, «Heraldo» de Madrid, hacía el siguiente comentario:

«Pablo Iglesias, encarnación perfecta del Partido Socialista con sus defectos y sus buenas cualidades; el obrero todo voluntad, que primero supo redimirse de la ignorancia y después trabajó como nadie para redimir a los demás, es ya diputado.

Gana el Socialismo con ello, ganan los trabajadores, gana el Parlamento, gana España.

Gana el Socialismo, porque desde este momento entra en una nueva era; sale de las catacumbas para invadir el Foro; irrada del taller, de la fábrica, de la mina, del campo en que se manifiestara exclusivamente, en cuanto es acción y no puro deporte espiritual, a los centros de pensamiento y se convierte en núcleo de atracción para muchos espíritus.

Ganan los obreros, porque por vez primera entra en el templo de las leyes un representante genuino del cuarto Estado, de sus quejas y de sus anhelos, de sus odios y de sus amores, de su dolor y de su esperanza.

Gana el Parlamento, porque va a él un hombre inflexible, inquebrantable, infatigable, rígido, áspero, hecho a lidiar con todas las contrariedades, con todos los odios, con todos los males, enemigo jurado de todo convencionalismo.

Gana España, porque al cabo se redime de ser la vergonzosa excepción de los pueblos cultos; porque las leyes que impliquen mejora o perjuicio de los más no irán sin el contraste de la realidad viva.

Gana la elocuencia, porque nuestra gloriosa tribuna parlamentaria se honrará con un orador ilustre; orador todo fuego, todo pasión; orador que pelea a muerte, sin dar ni pedir cuartel; orador vehementemente en la exposición, experto y aguerrido en el combate; adversario formidable, capaz de pelear contra el mejor de los mejores con esperanzas de victoria.

No es Iglesias hombre que conozca hasta en su último detalle todas las cuestiones accesorias del problema social, ni nadie puede censurarle por ello; que el tiempo que hubiese empleado en tales estudios habría sido tiempo robado a la organización de los obreros compañeros suyos; pero Iglesias es hombre de extraordinaria claridad de entendimiento, y como conoce bien las necesidades y las condiciones de su clase, si a los debates no puede aportar un caudal considerable de ciencia adquirida en los libros, llevará, en cambio, la ciencia propia, una enorme cantidad de sentido común y del sentido práctico que da la vida.

Bebel, tornero, es acaso el mejor orador político de Alemania, y, sin embargo, Kautsky, que quiere y admira como el que más a Bebel, que vive con él en comunión fraternal; que acaso no le encuentra heredero como organizador y como combatiente, estima que su autoridad científica es mediocre.

Y nuestro Iglesias es, en su historia, en sus esfuerzos, en sus sacrificios, hasta en lo físico, hasta en su oratoria, un Bebel moviéndose en un medio adverso, y moviéndose sin el auxilio ni el consejo de un Liebknecht.

Estamos todos de enhorabuena; lo está el Partido Obrero, lo está el proletariado, lo está España, lo está también este Gobierno democrático.»

El problema de Marruecos

«El Imparcial» del día 27 de mayo de 1914, glosando un discurso pronunciado el día anterior en el Congreso por Pablo Iglesias, publicaba en su artículo de fondo lo siguiente:

«Intervino ayer en el debate sobre Marruecos don Pablo Iglesias. Es tan conocida su posición respecto al problema, que el interés que pudiera inspirar su discurso se refería, más que a la doctrina tantas veces repetida en los mítines contra la guerra y en sus actuaciones parlamentarias, a diálogos que adoptase al exponer sus puntos de vista.

Tuvo el orador un indudable acierto; el de saber aprovechar la firmeza de su propia posición frente al problema. La mayor dificultad que han tropezado cuantos, a excepción del señor Rodés, han intervenido hasta ahora en el debate, consiste en que han adoptado y defendido un criterio de término medio, declarándose conformes con la política exterior seguida desde 1902 y con el Tratado de 1912, sin aceptar luego plenamente las consecuencias.

El señor Iglesias ha venido condenando siempre esas orientaciones. Sus censuras se han extendido a todos los Gobiernos y a todo acto de intervención en el Imperio marroquí. Igualmente agrisa fué su protesta cuando España desembarcó en Larache y ocupó Alcázar, cuando, después, fuimos a Tetán. Ha clamado contra el precedente y la consecuencia, contra la política africana y contra el protectorado, que era el objetivo y la finalidad.

En este último debate, además, todos le hemos ido proporcionando nuevas armas para combatir, aun los que más nos apartamos de sus ideas y de sus soluciones. Anteyar, cuando el conde rodés destruyó el concepto teórico que del protectorado mantiene el señor Maura, don Pablo Iglesias asienta con gestos expresivos y con la satisfacción que quisiera ver confirmados sus juicios, se refiere en efecto, cuanto más dura y onerosa resulten nuestras obligaciones contractuales, más fuerza tienen los argumentos del jefe de los socialistas españoles. Y cuanto más se desubran los convencionalismos de la diplomacia, más nos acercamos a la tesis del señor Iglesias, que consistió siempre en considerar el

Liquidación de todas las existencias en zapatillas de abrigo y lavado de ternera para engrasar, zapatillas paño y vivo con piso de goma a 3,25 pesetas tamaño de señora.

CASA LLOPIS.—Cardenal Cisneros, 15

Almorranas-Varices-Ulceras

Curación RADICAL garantizada, sin operación ni pomadas. PRIMERA Y ÚNICA Clínica especializada en este tratamiento. No se cobra hasta estar curado. DOCTOR ILLANES, Hortaleza, 17. De once a una y de tres a seis. Tel. 15-88 M.

PUBLICIDAD.—Anuncios: cuando no se señale sitio de su colocación, 30 céntimos línea; cuando se indique, precios convencionales. Noticias, una peseta línea. Enfrentados, dos pesetas línea.

EL SOCIALISTA

SUSCRIPCIÓN: Provincias: trimestre..... 9 pesetas. Extranjero: trimestre..... 18 pesetas.

Año XI.—Núm. 5.256.

REDACCION Y ADMINISTRACION: CARRANZA, 20.—TELEFONO 15-77-J.—APARTADO 10.036 (ESTAFETA 10).

Madrid, jueves 10 de diciembre de 1925.

UN AUTÓGRAFO DE PABLO IGLESIAS

Toda la acción de la revolución, así la revolucionaria como la que se le oponga, se pondrá en juego para que en todas las instancias, cada una de ellas, no se pierda para ella, la jornada máxima de trabajo que pueda de cada hora.
Y los revolucionarios vencerán.
Y como uno, en todos.
El idealismo de los proletarios está dictado por la razón e inspirado por la justicia y hacen lo que hacen sus consiguientes, como visible resultando desde que lo operan, han adquirido conciencia plena de su valor y de su fuerza.
Pablo Iglesias

Párrafos finales del artículo que últimamente se publicó de nuestro inolvidable maestro.

Juicios críticos acerca de Pablo Iglesias

De Luis Araquistain

A veces hemos visto en la llanura un árbol solitario, lleno de años y de arrugas, próximo a su fin, sin descendencia en el contorno, y hemos sentido profunda pesadumbre de su estéril soledad. Nos da la impresión de una vida malograda que o no rindió frutos o cayeron en tierra árida e ingrata. Otras veces vemos en torno del árbol centenaria una prolífica sociedad de árboles más jóvenes, destacando sobre ellos como un patriarca entre numerosos proles, sonriente y dichoso de saberse continuado en la historia, inmortal en su obra. Pablo Iglesias es como uno de esos árboles eminentes que presiden, con su ancestral patria y despierta, una llanura bien poblada por su esfuerzo.

Sería inexacto atribuir a Pablo Iglesias toda la existencia del movimiento obrero contemporáneo de España. En su generación ha intervenido el espíritu del tiempo, que también llega, a pesar de todo, a este apéndice de Europa que es España, y también la labor de muchos otros hombres, algunos conocidos, no pocos anónimos, como soldados de fila, héroes sin gloria individual, de un difuso ejército. Pero hay hombres en quienes polariza la dispersa energía ambiente, y recogiendo y encuadrando, son ellos los que de fuerza desparpamada e infecunda la truncan en potencia concentrada y eficiente. Pablo Iglesias es uno de esos polos humanos que, por su talento natural, su poder sugestivo, su ponderación, y sobre todo, su alto prestigio ético, saben ser el símbolo, el guía, el troquel organizador y rector de un gran movimiento histórico.

La España política de la época de Pablo Iglesias apenas nos lega un nombre respetable. Ni un estadista, ni un gran sembrador de ideas, ni un gran conductor de hombres: en medio de ese páramo, que apenas turba tal o cual agitación republicana, Iglesias construye un poderoso partido obrero, que hoy es, en la política española, el mayor peso específico y, para el porvenir, la mayor esperanza. En una antología de grandes españoles contemporáneos, Iglesias no podría faltar entre los de primera línea.

De José Ortega y Gasset

Los escritores conservadores, persiguiendo en su labor de prolongar indefinidamente la barbarie española, no suelen hablar de Pablo Iglesias, y cuando hablan, dijérase que hablan gentes libertanas o somalíes. Es una de tantas cosas tristes como ofrece la realidad española: todavía suena a no pocos oídos la palabra Socialismo de una manera estridente, como si se tratara de una concepción política corruptora de los cimientos sociales, doctrina anormal hllada en mentes anormales a la vera de los presididos y de las tascas. Todavía es raro que al pronunciar el nombre de Pablo Iglesias sientan los que nos escuchan elevarse de sus corazones, como un humo de incienso, el respeto. Esto es infinitamente triste.

Por lo mismo, es un deber del escritor romper con alguna energía la costra brutal de la inconsciencia ambiente y desparter en las almas los sentidos comunes que holgazanean. Dejemos a un lado el republicanismo de Pablo Iglesias: la cuestión de la forma de gobierno no es lo sustancial de su significado político. Los cuarenta mil votos que han elevado a Pablo Iglesias hasta la representación nacional significan cuarenta mil actos de virtud. Merced a ellos, las urnas ciudadanas se han purificado: dentro de sus paredes de vidrio han solido albergar los crímenes más graves que puede cometer el hombre moderno, hasta el punto de descreditar esta espiritual materia arenosa que un tiempo fué usada como emblema de la pureza. Hoy vuelve a su honor el vidrio: los votos de Pablo Iglesias han henchido las urnas de virtudes teológicas. No extrañe que al escribir de este hombre, oriundo del gremio de cajistas, solicite en tropel la pluma palabras del vocabulario religioso y místicas comparaciones. Pablo Iglesias es un santo. ¿Cómo pretender cerrar la comunión de los bienaventurados a este tipo? Pablo Iglesias se ha ejercitado hasta alcanzar la nueva santidad, la santidad energética, activa, constructora, política, a que ha cedido el paso la antigua santidad quietista, contemplativa, metafísica y de interna edificación. Sin santos, no hay virtudes. Como los físicos construyen en sus laboratorios las leyes del mundo de las cosas, los santos hallan experimentalmente en sus vidas las virtudes, leyes del mundo moral. A cada virtud, su santo. Si hoy consideramos como aspiración profunda de la democracia hacer laica la virtud, tenemos que orientarnos buscando con la mirada, en las multitudes, los rostros egregios de los santos laicos. Pablo Iglesias es uno, don Francisco Giner es otro: ambos, los europeos máximos de España. Y es menester acentuar que Pablo Iglesias tiene derecho a que su vida sea contada—como un ejemplo que solicita la imitación—, cualquiera que fuere la legislación que a sus opiniones se preste. Todo hombre honrado ha de sentir que le acrece la fe en los poderes de bondad concedidos a la especie humana cuando vea florecer la virtud en el campo enemigo, y ningún verdadero católico cometerá el sacrilégio de poner coto a la divina munificencia cuando la mano de Dios se alarga un poco y deja caer algunos puñados de virtudes en las entrañas de los hombres malos. Los que aborrecen las divisiones infranqueables entre los espíritus, los pacíficos, a quienes fué prometido el reino, trabajarán siempre por elevar ejemplos de virtud en cuya estimación puedan reunirse todos los hombres: santos que a todos nos sean comunes y pongan un acento de paz en la lucha ardiente de la Historia. La comunión de los santos es, en primer lugar, la

comunidad de los hombres en los santos. Cuarenta mil españoles mayores de edad han mostrado que aun creen que hay en España un justo; por tanto, que aun tiene salvación. He ahí la primera de las virtudes teológicas: la fe. Si se fuera a preguntar por qué creen en Pablo Iglesias los que le han votado, por qué les parece un justo, un hombre ejemplar, probablemente coincidirían todos. La sugestión que emana de ese español inerudito, de ese obrero sin literatura y sin jurisprudencia, que acaso haya leído un solo libro, proviene de que nos parece un hombre traspasado íntegramente por una idea. Pablo Iglesias es todo el Socialismo. No hallamos en su vida un punto oscuro: ¿por qué? Sus actos han seguido siempre con heroica docilidad a sus convicciones: como los teoremas de un axioma, se derivan sus actos de la idea socialista. Claro; los hombres son también importantes: lo son altamente cuando el hombre es ejemplar. Pero ¿de qué puede ser ejemplo un hombre si no es de una forma general de humanidad, es decir, de una idea? Pablo Iglesias es una magnífica incitación al respecto, porque es la transubstanciación de la idea socialista. De aquí que la fe, en el hombre tipo, no sea, en el fondo, sino la fe que aun tienen 40.000 vecinos de Madrid en el poder de las ideas para conducir las acciones de los hombres.

¡Mi adiós a Pablo Iglesias!

¡Acabo de tener la triste suerte de recibir tu último aliento! Cuando son legión inmensa tus amigos, tus admiradores, tus discípulos en esa heroica campaña de toda tu vida ejemplar contra la injusticia social y en pro de las reivindicaciones proletarias, ha querido el acaso que sólo yo, tu amigo más viejo y más constante y leal, haya besado tu noble frente en el estertor de tu agonía, procurando concentrar en mis labios todo el dolor, todo el cariño y toda la amargura que por esta irreparable catástrofe sienten conmigo los trabajadores españoles. ¡Adiós, fraternal e insigne camarada; adiós, modelo de bondad, de fortaleza, de voluntad inteligente consagrada a la más santa de las causas! Tu obra será imperecedera, y cuando en tiempos no lejanos el ideal socialista haya llegado a su plenitud excelsa, el nombre ilustre de PABLO IGLESIAS será ensalzado por las generaciones venideras, al igual de los más preclaros que hayan luchado en el palenque de la verdadera redención humana.

M. GOMEZ LATORRE

Por falta material de espacio nos vemos obligados a dejar de publicar hoy innumerables telegramas de pésame, tanto de las organizaciones socialistas y sindicales como de personas de distintos sectores sociales. Las ideas van muriendo en los recordos de la historia como mueren las especies zoológicas. Encienden revoluciones, informan los Códigos, guían los corazones perplejos durante algún tiempo; luego pierden su energía plasmante, se embota su capacidad de hostigar, desaparecen como fuerzas sociales. Durante la Edad Media, la idea socializadora por excelencia, la matriz del orden social, fué la religión. La Teología, regina scientiarum, era el centro del alma colectiva medieval; la idea de Dios fué la gran socializadora, la gran constructora de comunidad, de sociedad; los hombres se amaban, comulgaban, se socializaban en el dogma. Eran hijos de Dios y subordinados del rey, su representante en la tierra. Los derechos y obligaciones que constituyen la máquina social se basaban en última instancia sobre la enorme columna mística del Dios. El siglo XVIII fué un terrible gusano que andaba royendo esa columna, y cuando Saint-Simon vino al mundo halló que las gentes habían perdido la sensibilidad teológica. Falta de aquel principio de unidad, de aquel poder organizador, de aquel «pouvoir spirituel» como él decía—la sociedad comenzaba a descomunicarse, a disgregarse. Era, pues, menester sustituir el triunfo de un nuevo poder espiritual: capaz de organizar las nuevas posibilidades sociales, buscando en nuevas instituciones. Caminando en busca de ese poder espiritual, Saint-Simon, grande de España, fundó el Socialismo.

Y hoy el Socialismo se ha apoderado de nosotros, domina nuestros razonamientos, orienta nuestros instintos municipales y nacionales, constituye el fondo de todas nuestras combinaciones ideológicas. Hoy ya quien no sea socialista se halla moralmente obligado a explicar por qué no lo es o por qué no lo es sino en parte. El Socialismo es una ciencia, no una utopía ni una grosería; merced a él los problemas políticos actuales son susceptibles de solución. El equilibrio público se halla roto; las viejas instituciones asisten, puestas en crisis durísimas, a su propia suplantación. Entretanto, el Socialismo muestra la posibilidad científica de nuevas instituciones, de una organización estable de los nuevos instintos humanos: es la única esperanza abierta en la política. Por consiguiente, la segunda de las virtudes teológicas.

A mí se me ha hablado de «cierto socialismo» hasta en los despachos de las autoridades eclesiásticas: dígame en su honor. Las bases del Socialismo no se discuten ya, verdaderamente: se disputa sólo del más o del menos, reconociendo en él la idea organizadora de la Justicia. Y Justicia que es sólo la exactitud aplicada al caritativo, la matemática de la Caridad, tercera de las virtudes teológicas, que ha llenado el domingo último las urnas del Municipio madrileño?

«El Imparcial», 13 de mayo 1910.

Nota oficiosa del Gobierno

En la Oficina de información han facilitado a primera hora de la tarde la siguiente nota oficiosa:

«El Gobierno ha autorizado que la conducción del cadáver de Pablo Iglesias desde la calle de Piamonte hasta el cementerio del Este se verifique el domingo.

Y como supone que la concurrencia a este acto será grande, hará tomar las medidas de orden precisas para que no se desvirtúe el justo homenaje que las clases trabajadoras quieren rendir al que fué constante defensor de sus aspiraciones y llevó una vida de austeridad y honradez que el granjearon general estimación.»

El entierro de Iglesias será el domingo a las diez

Acuerdos recaídos en la reunión de los Comités Nacionales de la Unión General de Trabajadores, Partido Socialista, Federación de Juventudes Socialistas, Consejo de Administración de la Casa del Pueblo, Comités de las Agrupaciones Socialista y Femenina, Juventud Socialista, Grupos Sindicales Socialistas y Asociación del Arte de Imprimir, en relación con la organización del acto del sepelio y de cuanto deba de hacerse con el triste motivo del fallecimiento del maestro, querido de todos, Pablo Iglesias.

Primero. Que se embalsame el cadáver y se exponga al público en el salón pequeño de la Casa del Pueblo, organizando la entrada por la calle de Gravina y la salida por la de Piamonte. La visita a la cámara mortuoria será hasta el sábado, a las doce de la noche.

Segundo. El cadáver estará en el salón citado hasta el domingo, a las diez de la mañana, hora en que se efectuará la conducción del cadáver al Cementerio civil.

Tercero. El trayecto a recorrer por el féretro será: calles de Piamonte, Barquillo y Alcalá hasta dicho Cementerio.

Cuarto. Para el mejor orden de la organización del acompañamiento, las entidades obreras acudirán con sus banderas y se agruparán por oficios en la siguiente forma:

Grupo primero.—Compuesto por todas las entidades de matiz socialista. Se situarán en la calle de Piamonte, esquina a Barquillo, hasta Conde de Xiquena.

Segundo grupo.—Todas las Artes Gráficas y similares, calle del Marqués de Moñasterio hasta el teatro de la Princesa.

Tercer grupo.—Todas las Artes del Hierro y similares, calle de Santo Tomás.

Cuarto grupo.—Todos los obreros de la madera y similares, calle de San Lucas, esquina a Barquillo.

Quinto grupo.—Camareros y similares, calle de Góngoras, esquina a San Lucas.

Sexto grupo.—Federación del Ramo de la Edificación y Similares, Plaza del Rey y calle de las Infantas.

Séptimo grupo.—Obreros en Gas y Electricidad y Similares, calle de San Lucas a San Gregorio.

Octavo grupo.—Arte Rodado y Similares, calle de San Gregorio.

Noveno grupo.—Distintas profesiones y oficios, calle de Belén.

Décimo.—Dependientes de Comercio y Similares, calle de Palayo esquina a Belén.

Undécimo.—Obreros municipales y Similares, calle de Regueros.

Duodécimo.—Otro grupo de distintos oficios, calle de Regueros, a continuación de los anteriores.

Décimotercero.—Sindicato de las Artes Blancas Alimenticias y Similares, calle del Almirante.

Las representaciones y Comisiones de fuera de la localidad se situarán en la calle de Góngoras, esquina a Piamonte, hasta la calle de La Libertad.

Por las entidades organizadoras de todos estos actos se publicará un manifiesto recomendando la total, absoluta, ecuanimidad y el más completo acatamiento a las órdenes que emanen de dichos organismos, porque así conviene al acto que se realiza y a la memoria del propio finado.

Manifestaciones de pésame

LAS SOCIEDADES DE LA CASA DEL PUEBLO

Las Ejecutivas del Partido y de la Unión General de Trabajadores están recibiendo mensajes de pésame de las entidades domiciliadas en la Casa del Pueblo. Hasta ahora son las siguientes:

Asociación del Arte de Imprimir. Comité Central de la Federación Gráfica. Sociedad de Ebanistas y Similares. Comité de la Federación Nacional de Obreros Gasistas, Electricistas y Similares. Juventud Socialista Madrileña. Federación de Empleados y Obreros del Ayuntamiento de Madrid.

De provincias

Dirigidas a la Redacción de EL SOCIALISTA, Comités Ejecutivos del Partido y de la Unión General de Trabajadores y Federación Nacional de Juventudes Socialistas, se han recibido los siguientes telegramas:

ALICANTE.—Apenadísimo conocer fallecimiento ilustre Pablo Iglesias, expresiones mi condolencia pérdida tan sensible Socialismo y Democracia.—José Alonso.

ALMERIA.—Repúblicas federales Almería sienten la muerte eminente hombre de izquierdas Pablo Iglesias.—Vizcaino, Callejón.

ALMERIA.—Partido republicano se asocia sentimiento por la muerte de Pablo Iglesias.—Tunón.

ALMERIA.—Los masones de logia Progreso nos asociamos en su pesar por irreparable pérdida gran hombre Pablo Iglesias.—Sala Granado.

ALMERIA.—La pérdida, irreparable; el acontecimiento, natural; nuestra obligación, no olvidar lo que sembró.—García Gómez.

BADAJOS.—Recibo apenadísimo noticias que Iglesias murió seis tarde Telegrama cuando será entierro, al que deseo asistir. Expreso mi aflicción a la

Ejecutiva Partido y familia del inmortal maestro.—Narciso Vázquez.

BILBAO.—Aplanados por el profundo dolor causado por la pérdida inmensa para el ideal, expresamos nuestro dolor, haciendo promesas de recordar siempre y seguir el ejemplo del maestro Pablo Iglesias.—Raimundo Varela (siguen las firmas, que son innumerables).

BILBAO.—Agrupación Socialista bilbaína recibe con profundo dolor la muerte del que fué nuestro maestro y se asocia al duelo.—Aguirre.

BILBAO.—Reunidos Consejo Cooperativa Socialista bilbaína se asocia duelo muerte Iglesias, rogando presidente Cooperativa Socialista Madrileña nos represente entierro.—Armedilla.

BILBAO.—Os doy el pésame más sentido de mi vida por muerte de nuestro maestro, Pablo Iglesias.—Daniel Anugeta.

BILBAO.—Doloridos de todo corazón ante fallecimiento del ser más querido y respetado por el proletariado español, expresamos nuestro más profundo sentimiento ante irreparable pérdida querido maestro, apóstol del Socialismo.—Juventud Socialista.

Del extranjero

DEL PARTIDO SOCIALISTA SUIZO

BERNA, 10 (Vía Radio).—Al conocer dolorosa noticia muerte camarada Pablo Iglesias, os enviamos la expresión de nuestra profunda tristeza en nombre del Partido Socialista Suizo.—Por el Comité: Graber, Hugger.

DE LOS CONCEJALES Y DIPUTADOS PROVINCIALES BELGAS

BRUSELAS, 10.—Los representantes municipales y provinciales hacen presente al Partido Socialista español su sentimiento por la muerte del maestro amado y respetado, que es una gran figura internacional socialista desaparecida.—Patou.

APUNTE, por Mateos



Iglesias en el lecho mortuario